

FUNERAL POR EL P. CASSIÀ M. JUST, ABAD EMÉRITO DE MONTSERRAT
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
14 de marzo de 2008
Is 25, 6-9; Sam 138; Rom 8, 31-39; Jn 15, 10-17

Sr. Cardenal, Sres. Obispos, Padres Abades, Madres Abadesas,
M. H. Sr. Presidente de la Generalitat de Catalunya, Autoridades,
Hermanos y hermanas monjes; sacerdotes y diáconos,
Estimados todos, hermanas y hermanas en el Señor:

Señor, tú me sondeas y me conoces. Estas palabras del salmista que hemos cantado con música del P. Abat Cassià M. y que él mismo quiso que se cantaran en sus exequias, nos ayudan a vivir estos momentos de la separación; porque la existencia humana queda iluminada a la luz de Dios. El salmo nos enseña que todos los momentos de la vida, con sus altibajos, con sus claridades y sombras, son alcanzados por la sabiduría amorosa de Dios, desde de lo más íntimo que llevamos en el fondo del corazón hasta las actividades más externas: *me conoces cuando me siento y me levanto, de lejos penetras mis pensamientos, distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares.* La mirada de Dios lo penetra todo con su amor, aunque el ser humano intente huir. Dios siempre es el amigo indefectible que apoya y sus manos siempre están abiertas para acoger.

Los cristianos lo sabemos sobre todo a partir de la palabra de Jesús que hemos escuchado al evangelio: *a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.* Y todavía más porque en el *amor más grande* ha dado *la vida por sus amigos*, por la humanidad entera.

Señor, tú me sondeas y me conoces. Estas palabras nos invitan a la fe. Dios es amigo, nos conoce, nos acepta, nos comprende, nos perdona. Estas palabras del salmo nos invitan, también, a la confianza. Porque como decía san Pablo, *Dios está con nosotros* y nada podrá apartarnos nunca *del amor de Cristo.* Ni la muerte. Porque sabemos que Dios hecho hombre ha querido experimentar nuestros altibajos, nuestras fragilidades salvo el pecado y nuestros esfuerzos no siempre logrados por ser fieles y coherentes. En Jesucristo, Dios ha querido experimentar hasta la oposición más radical de la existencia humana: la vida y la muerte. Efectivamente, la pascua de Jesús es un momento supremo de la sabiduría de Dios, que venciendo la muerte nos guía por caminos eternos.

Señor, tú me sondeas y me conoces. El P. Abat Cassià, Juan de nombre de bautismo, lo creía profundamente ya desde pequeño porque había nacido en el seno de una familia cristiana. Vio la luz en Barcelona en 1926, pero los padres pronto se trasladaron a Igualada, de manera que él se sentía plenamente igualadino. Comentando el clima familiar de su infancia, decía que estaba agradecido a Dios "por el ambiente sereno, lleno de amor y de diálogo"¹ que vivió en casa. Su padre, que era músico y que había sido escolán de Montserrat, lo encaminó hacia nuestra Escolanía, que se estaba formando nuevamente después de la guerra civil. En la Escolanía, descubrió, según decía él mismo, "a un Dios próximo, padre y amigo" y oyó la llamada a la vida monástica. Consciente, pues, de que el Señor que *lo había tejido en el seno materno* y que *me sondeas y me conoces* -cómo dice al salmista- lo llamaba, entró en el monasterio el año 1942, a los 16 años. Después de hacer la profesión y de recibir la ordenación presbiteral, fue enviado a hacer estudios musicales a Roma y a París; esta

¹ Para las frases autobiográficas, cf. Butlletí del Santuari. Montserrat, 77 (2007) 4-11

estancia en Francia fue una experiencia decisiva. De vuelta a Montserrat, donde ya había sido dos años subprefecto de la Escolanía, fue, entre otras tareas, organista, consiliario del trabajadores del Santuario, Maestro de novicios y más adelante Prior del Monasterio. Sin dejar de cultivar la música. El año 1966, en unos momentos nada fáciles en el contexto comunitario, eclesial y social, fue elegido abad coadjutor de nuestro monasterio en sustitución del P. Abad Gabriel M. Brasó nuevo Presidente de la Congregación benedictina de Subiaco. Muy poco después, con la renuncia del P. Abat Aureli M. Escarré, pasó a ser el abad de Montserrat. Siguiendo su lema "propter fratres meos" (por mis hermanos), el P. Abat Cassià sirvió a la comunidad monástica durante veintidós años largos y procuró que Montserrat fuera un monasterio que tuviera "una presencia significativa -son palabras suyas- en el corazón de nuestro pueblo y de la Iglesia de Cataluña. Presencia de una comunidad que cree, tenaz en la esperanza, experta en reconciliación, defensora de los derechos humanos y de los derechos de nuestro pueblo, acogedora de creyentes y no creyentes, dispuesta al diálogo con todas las culturas y religiones. Animadora -todavía es él quien habla- de una piedad popular que se expresa en las celebraciones litúrgicas y populares del Santuario de acuerdo con las orientaciones del Concilio Vaticano II". Esta línea de recibir a todo el mundo, cosa no demasiado fácil en el contexto del régimen político de la época, fue avalada el año 1971 por el Papa Pablo VI. Aquellos años participó, a nivel internacional, en las aplicaciones conciliares en el mundo benedictino. El año 1989 renunció libremente a la dirección del monasterio.

Fue también Abad Visitador de la Provincia Hispánica de la Congregación benedictino de Subiaco, Asistente de las benedictinas de la Federación Catalano-Balear y presidente o patrón de diversas fundaciones de tipo social, una de las cuales lleva su nombre. Lo procuraba hacer siempre desde su condición de monje y para poner en práctica el mandamiento nuevo del amor. Como abad emérito continuó sirviendo a la comunidad en diversas tareas, haciendo siempre equipo entorno a los dos abades que le hemos sucedido. Además de mantener algunas de las responsabilidades que ya tenía fuera del monasterio y de pasar un año largo en la Abadía de Samos para ayudar aquella comunidad gallega hermana, ha sido consiliario de los Antiguos Escolanes de Montserrat, ha ofrecido su arte de organista: ¡con qué ilusión hablaba del nuevo órgano! Y se ha significado sobre todo por su tarea de acompañamiento espiritual y de consejo.

Señor, tú me sondeas y me conoces. Sabía que eso era verdad para cada persona. Por eso, con espíritu de fe escuchaba a todo el mundo con la mente y con el corazón abiertos, intentando comprender el otro y decirle una palabra de aliento, de consuelo, de esperanza, de paz. Muchas de estas conversaciones y actuaciones sólo las saben los que serían beneficiarios, y son una muestra cristiana de aquello de que la mano derecha no tiene que saber lo que hace la mano izquierda. Con eso buscaba ser fiel al Evangelio y al estilo sencillo y acogedor de Jesús, y deseaba que la Iglesia en su servicio a la humanidad fuera portadora de liberación y del gozo en el Espíritu. Sostuvo los derechos humanos; y sirvió, también, a nuestro pueblo defendiendo la personalidad y los derechos de Cataluña, con una mentalidad abierta, sin embargo, a los otros pueblos y culturas. En este sentido, tuvo, también, un papel importante en la transición democrática del Estado español. Todo eso lo hacía, tal como él mismo había dicho, "bajo la mirada de Dios, como un arriesgado servicio a la Iglesia y a nuestro pueblo". También trabajó a favor de muchas mejoras sociales, particularmente para resolver los problemas del paro, de la pobreza, de la marginación, de los que tenían algún tipo de incapacidad.

Los que lo hemos conocido sabemos cómo procuró amar y hacer que la gente se amara. Prueba de ello es la presencia hoy en esta basílica, para despedirlo, de sus hermanos monjes, de los escolanes, de sus hermanas y familiares, y de tantas

personas, de diversas mentalidades, opciones, responsabilidades y condición social, la mayoría anónimas como hemos tenido ocasión de comprobar estos días en la capilla ardiente. La estimación hacia él, que era hombre de diálogo y de comunión, nos hace sentir unidos en la diversidad; y nos invita al dialogo y al respeto. El P. Abat Cassià procuraba amar a todo el mundo porque creía en la palabra del evangelio que hemos escuchado: éste es mi mandamiento: *que os améis unos a los otros tal como yo os he amado*. Él, tal como ha dejado escrito en una carta de despedida, que redactó estos últimos días, dirigida a sus hermanos monjes, se ha sentido muy querido por Jesucristo y por eso ha querido hacer conocer este amor a todo el mundo.

Creía firmemente, tal como hemos oído del apóstol san Pablo, *que nada nos podrá apartar del amor de Cristo, ni los contratiempos, ni la muerte*. En una entrevista televisiva, del año 1978, decía que le daba miedo la muerte, pero que lo serenaba pensar en Jesús en el huerto de Getsemaní porque Jesús, enfrentándose a la muerte a pesar de la angustia que le producía, le había quitado el veneno. Ahora, en cambio, en estos últimos tiempos que sabía que la duración de su vida podía ser corta, y ya con 81 años, miraba la muerte con serenidad y vivía con paz, confiando en Dios; agradecía que Dios lo hubiera llamado a la existencia, que le hubiera hecho el don de la filiación divina y de la vocación monástica y sacerdotal. Él mismo escogió los textos bíblicos de esta celebración que son portadores de esperanza y, al mismo tiempo, son expresión de su fe en la vida más allá de la muerte. A pesar de la voluntad de ser fiel al Evangelio, siempre hay errores y negligencias -para utilizar todavía palabras del P. Abat Cassià- y cada día tenemos que ponernos con confianza delante de Dios, que conoce *los secretos de nuestro corazón* y los penetra con su mirada de amor para borrar nuestras faltas. Por eso ahora unimos nuestra plegaria a la gran intercesión de Jesucristo que es la Eucaristía, a fin de que guíe a nuestro P. Abat Cassià por caminos eternos. Lo hacemos contemplando, en el último tramo de la cuaresma, los designios sorprendentes de Dios que se manifiestan en la muerte y la resurrección de Jesucristo.